El Quijote y la sociedad española del XVII: la lúcida mirada de un loco

Miguel SOLER GALLO
Universidad de Cádiz

RESUMEN: En este artículo analizamos la locura de Don Quijote de la Mancha como recurso mediante el cual criticar la sociedad del momento: la España de comienzos del XVII. Miguel de Cervantes se vale de la paradoja de proyectar la lúcida mirada de un loco para contemplar el mundo de los supuestos cuerdos.

PALABRAS CLAVE: Miguel de Cervantes - Don Quijote - Sancho Panza - Locura - Crítica social.

ABSTRACT: In this paper we analyze the madness of Don Quixote as a resource by which to criticize the society: Spain at the beginning of the century. Miguel de Cervantes uses the paradox of projecting the lucid eyes of a madman to contemplate the world of sane cases.

KEY WORDS: Miguel de Cervantes - Don Quixote - Sancho Panza – Madness - Social criticism.

"Todo era paz entonces,
todo amistad, todo concordia"
(Don Quijote, *Discurso sobre La Edad dorada*, Parte I)

Resulta altamente pretencioso escribir cualquier trabajo acerca de la obra más célebre de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), más si tenemos en cuenta que se podría erigir una biblioteca con los libros y demás estudios que sobre esta universal obra se han realizado. Nuestra humilde aportación filológica tiende a prescindir de gran parte de sus interpretaciones, puesto que las limitaciones espaciales nos impedirían citar la mayoría de las aportaciones de la crítica cervantina. En su lugar, esbozaremos unas glosas para tratar de efectuar nuestro cometido: analizar cómo a través de los textos quijotescos el autor pudo denunciar una sociedad en crisis.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (como toda obra literaria) se gestó bajo un contexto histórico concreto: en la España de comienzos del siglo XVII.[1] En estas páginas partiremos de este prisma histórico, por más que la novela sea una parodia de los libros de caballerías: "todo él es una invectiva contra los libros de caballerías" (Prólogo, parte I). Nuestra hipótesis radica en el empleo de la locura quijotiana como hábil recurso para criticar y denunciar los derroteros de una sociedad adulterada, marcada fuertemente por la picaresca y por el escepticismo del ser humano.

El tema de la locura como recurso literario ha sido aprovechado en multitud de ocasiones, y el grueso de la crítica coincide en sostener que se perfila como una forma enmascarada de denuncia y de deseo de cambio en las rela-

1 Los apuntes históricos realizados con el objeto de contextualizar el trabajo han sido reelaborados de dos fuentes principales, por un lado, el estudio de Feros y Gelabert (2004); y, por otro, el de Lynch, (1991:104). Para la figura concreta del duque de Lerma, nos hemos basado en la obra de Feros (2002: 139-243).

ciones humanas. En el personaje de don Quijote encontramos un loco capaz de impresionar con su cordura a los cuerdos. Cervantes se vale de las locuras del ingenioso caballero a fin de regenerar la convivencia social, la paz y la justicia. Y además, en aquel momento, no podemos olvidar que la locura es el único medio que el autor tiene para comunicar sus mensajes sociales y salir ileso de responsabilidades.

Asimismo, el empleo de la locura siempre ha estado muy unido a la antigua actitud hacia los bufones, considerados pieza fundamental en los espectáculos de diversión de la Corte (Jones, 1974:263-274). El bufón oscilaba, intermitentemente, entre la cordura y la locura, y esta doble condición, que manejaba según le parecía, era el vehículo mediante el que lanzar al público sus mordaces moralejas, seguramente no aceptadas bajo una apariencia cuerda.[2]

Por otro lado, muchos críticos defienden que Cervantes recibió el influjo de Erasmo de Rotterdam, quien utilizó la locura como medio liberalizador en su obra *El Elogio de la locura* (1509), con gran impacto en toda Europa. Las ideas erasmistas sobre la locura tenían mucho que ver con el tipo de patología que Cervantes utilizó para su obra. La locura, personificada, elogia todas sus manifestaciones entre los hombres como actos de homenaje a ella, permitiendo con esto a Erasmo satirizar un amplio campo de la conducta humana. La locura afirma que la mayoría de los hombres están locos, pero los menos locos son con frecuencia aquellos de quienes se burla el mundo (Jones, 1974:266). Américo Castro (1980) defendió tal influencia argumentando que *sin Erasmo, Cervantes no hubiera sido como fue*. Éste, junto a Antonio Vilanova (1989) opinan que la locura podía servir como *forma de evasión hacia una felicidad que habita solo en la imaginación o en los sueños.*[3] Benjumea (2002), por su parte, sostiene la existencia de una *sátira política en el libro, oculta en alegorías.* Referente a las palabras del propio Cervantes sobre su intención de ridiculizar los libros de caballerías, Benjumea se pregunta: "¿Por qué sospechó Cervantes que se había de sospechar otro objeto?".

El contexto histórico en el que se desarrolla *Don Quijote* está relacionado directamente con lo que se ha denominado *la crisis de fin de siglo*, una época en que se comienza a creer que la misión religioso-imperial, encarnada en la Reconquista, y en su continuación en el descubrimiento de América, estaba tocando fondo. En la última década del siglo XVI hubo numerosos indicios de

2 Agustín Redondo (2007: 227-248) también ha estudiado la figura de don Quijote como bufón-crítico.

3 También se puede consultar el magistral artículo de Márquez Villanueva (1984:123-137). Hay que señalar que Márquez Villanueva fue el primero que, desde el punto de vista de la locura como perspectiva social, marcó una directriz innovadora.

que la economía española ya no aguantaba el peso de las aventuras imperiales en que se había embarcado Felipe II.

La primera parte de *Don Quijote de la Mancha*, publicada en 1605, se escribió durante los primeros años del reinado de Felipe III, unos años dramáticos para la monarquía española y la política del gobierno, con la llegada al poder de un rey débil y un valido muy codicioso. La segunda parte, acabada diez años después, alcanza la plenitud del reinado de Felipe III y de la privanza del duque de Lerma.[4] Un total de LXXIV capítulos que nos permiten conocer cómo era la vida y la sociedad de la España del siglo XVII. A continuación expondremos algunas citas de la novela que difícilmente pueden entenderse fuera de este contexto histórico.[5]

Leyendo entre líneas es posible apreciar elementos de denuncia social casi en cada página de la universal obra. En el prólogo del autor nos encontramos ya con unas elocuentes palabras, que nos informan de la actitud rebelde del autor sobre el sometimiento del pueblo a las normas de los que dirigen cualquier sociedad:

> Y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto, al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respecto y obligación; y así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella.

Sin pretensiones de exhaustividad, comenzamos este recorrido por los discursos que pronuncia don Quijote en la primera parte, y que, en mi opinión, marcan las pautas de la rebeldía social de don Quijote-Cervantes: el de la Edad de Oro (Capítulo XI), y el de las Armas y las Letras (Capítulo XXXVIII). Ambas disertaciones tienen importantes conexiones entre sí, recalcadas por el propio personaje, quien, al pronunciar el segundo discurso, se sintió "movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros" (2004:391).

4 Quizás una de las novedades más importantes del reinado de Felipe III fue el gran poder acumulado por don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, más conocido como duque de Lerma. Favorito y valido del rey, Lerma dominó el mundo político gracias al apoyo del rey y de la poderosa red de clientes y fieles seguidores. El duque de Lerma puede ser considerado como el paradigma de la corrupción en España, cosechando todo tipo de honores y prebendas gracias a su posición privilegiada. Una coplilla popular dice que "para no morir ahorcado, el mayor ladrón de España se vistió de colorado", en clara alusión al duque de Lerma, ya que consiguió el capelo cardenalicio momentos antes de su caída, evitando así todo tipo de procesos que, sin lugar a dudas, le hubieran condenado. Cfr. Feros, A (2002:227-248).

5 Todas las citas de la obra cervantina han sido extraídas de la edición publicada en 2004 de *Don Quijote de la Mancha* elaborada por Francisco Rico, en colaboración con la RAE, con motivo del IV Centenario de la publicación de la primera parte.

El primero es la alabanza nostálgica de un mítico pasado, de porte comunista, en el cual se habla sobre un tiempo remoto donde todas las cosas eran de propiedad común. Don Quijote contrapone esta idílica época antigua al tiempo contemporáneo suyo, que está basado en el poder del dinero, que compra hasta los linajes y el ennoblecimiento personal:

> Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de "tuyo y mío". Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían (2004:97-99).

En el largo discurso sobre la Edad de Oro encontramos también la crítica quijotiana hacia la vida ociosa, lujosa y corrupta de su tiempo, en especial la de la Corte y de "nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado" (2004:98), vicios que caracterizaban, según don Quijote, "estos detestables siglos". Aquí don Quijote no utiliza solo el tópico literario del *menosprecio de corte y alabanza de aldea*, sino que sus palabras conllevaban una fuerte carga de actualidad para los lectores de su época. Y más aún siendo la época en que Rodrigo Calderón, hombre de confianza del duque de Lerma, empieza a acumular títulos y cargos que llegarían a darle renta de más de doscientos mil ducados, en pocas palabras: a hacerse millonario.[6]

Poco después del discurso sobre la Edad de Oro, don Quijote nos adelanta lo que será el discurso de las Armas y las Letras. Ocurre cuando Vivaldo le pregunta sobre el motivo de andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica, a lo que don Quijote contesta contrastando la vida caballeresca con la cortesana: "el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo y la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que al mundo llaman caballeros andantes" (2004:110-111).

El fin de las letras (que puede tener el significado de los estudios de derecho) es mantener la justicia y conseguir la paz, "que es el mayor bien que los

6 Rodrigo Calderón fue el favorito de Lerma y símbolo del fracaso de éste. Calderón, que había servido a Lerma como paje desde 1597, fue nombrado ayuda de cámara del rey en 1601, un oficio que le concedía el derecho de inspeccionar todos los memoriales dirigidos al rey. Esta es una simple muestra de las conexiones clientelares y de otro tipo que Lerma fue capaz de crear en el mismo corazón de la monarquía. Tras la caída de Lerma, Calderón fue acusado de criminal por haber acumulado decenas de oficios, títulos, pensiones y propiedades, pero también por haber participado en la gobernación de la institución monárquica sin tener oficio para ello, así como de haber pervertido las justicia y recibido un número inmenso de sobornos. Cfr. Feros (2002:181). Sobre la condena de Calderón, remitimos a Ettinghausen y Borrego (2001:522-524).

hombres pueden desear en esta vida" (2004:393). Recordemos que la misión del caballero andante era la de eliminar el mal y la injusticia del mundo.

En *Don Quijote* se confrontan las actuaciones judiciales de su época con las que habían existido en aquella mítica época dorada: "La Justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora los menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez" (2004:98).

Don Quijote actúa como justiciero y condena la violenta actuación de la justicia de la época, representado en el pasaje del muchachito Andrés (Primera parte, capítulo IV), ultrajado por su amo, o cuando otorga la libertad a los galeotes (Primera parte, capítulo XXII), quienes viajan en condiciones infrahumanas. Citemos el pasaje del muchacho Andrés:

> A pocos pasos que entró por el bosque, vio atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehensión y consejo (2004:48-51).

Don Quijote, al contemplar esta actuación tan cruel, intenta impartir justicia, desafiando al despiadado labrador. Éste, lejos de batirse en duelo con el mustio caballero, le responde que solo castiga a su criado por haberse descuidado en su función de custodiar el rebaño de ovejas, del que estaba encargado, como forma de venganza por no recibir su propina. Sin embargo, lo que podía haber sido una gran victoria para el de la Triste Figura, se convirtió en todo lo contrario: tan pronto se marchó don Quijote, el desalmado amo volvió a golpear fuertemente al muchacho. Más adelante (Primera parte, capítulo XXXI), se produce un nuevo encuentro entre el ingenuo caballero y Andrés, y aquí apreciamos que quien verdaderamente critica la justicia es el propio joven, el cual le reprende a don Quijote por aquel suceso, argumentándole que de no haberse entrometido, no le habrían castigado tanto: "mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y me pagara cuanto me debía" (2004:316-319).

Lo que se desprende de la réplica de Andrés es la resignación del esclavo. Esto lo podemos adaptar a cualquier ámbito donde se abuse de poder y se actúe despóticamente contra el desvalido. Es más, el muchacho llega a maldecir a los que intentan, como don Quijote, reestablecer la justicia:

> Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia: que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

El otro pasaje donde se aprecia la corrupción de la judicatura es, como hemos comentado, el episodio de los galeotes. Don Quijote distinguió a un grupo de hombres que venían encadenados y se preocupó por saber el motivo de la condena de cada uno, un gesto muy democrático. Haciendo alarde de su condición de caballero andante, en otra demostración de solidaridad con los más desfavorecidos, don Quijote llega a decirle a uno de los condenados, el cual va por cinco años a remar en galeras por deber diez ducados, que "yo daré veinte de muy buena gana por libraros de esa pesadumbre".[7] Finalmente, don Quijote da la libertad a los galeotes, pero ante la negativa de los condenados de ir a dedicar su hazaña a Dulcinea, tal y como les solicita don Quijote, el caballero, enfurecido, manda solo a Ginés de Pasamonte por haber sido portavoz en la denegación. Éste, al darse cuenta de la locura de su libertador, "hizo del ojo a los compañeros, y, apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote, que no se daba manos a cubrirse con la rodela" (2004:210). En este pasaje, el ilustre caballero es nuevamente desventurado por el mismo motivo que le recriminó Andrés: "si fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos" (2004:318).

A diferencia de lo que sucedía en las novelas de caballerías, las aventuras donde don Quijote cree impartir justicia, siempre se tornan en fracasos. Entonces el afligido caballero, que no logra entender el motivo de tanto infortunio, dice sentirse víctima de encantamientos: "Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido" (2004:798). Y sin duda es verdad, pues frente a la actitud positiva de don Quijote, quien se dispone a defender la dignidad del ser humano, al que obliga a asumir su parte de responsabilidad ("cada cual es artífice de su ventura"), se alzan los gestos ruines de los "encantadores": el duque, el bachiller, el cura, esto es, los que saben, los que mandan, los que rezan. Aquellos que dirigen la sociedad en la que no termina de adaptarse nuestro ilustre protagonista (Buendía López, 2005:28-33).

No resulta rocambolesco señalar que existe una presunta concepción humanista de don Quijote hacia la vida.[8] Y, en este sentido, la paz era para el

7 Estos condenados iban destinados a una embarcación guerrera de casco plano impulsada a remo. Tenía hasta 40m de eslora por cinco de manga, iba aparejada por dos y hasta cinco palos cortos, e impulsada por cincuenta o más remos manejados por grupos de tres a cinco personas cada uno. Los remeros solían ser forzados o esclavos. En el siglo XV se suprimieron, pero en España, Francia, Italia y Turquía se siguieron utilizando hasta mediados del siglo XVIII. A esta pena solían ir aquellos que no podían pagar con dinero las multas impuestas. Era un sufrimiento infamante, normalmente muchos perecían en el esfuerzo, de ahí la ansiedad de don Quijote por liberarlos.

8 La misma tesis es defendida por Larroque (2001).

personaje cervantino, y lo es hoy para nosotros, el objeto más preciado de la humanidad. En el discurso de las Armas leemos que "las armas requieren espíritu como las letras" (2004:392). Como buen cristiano, nos recuerda el nacimiento de Jesucristo y su relato evangélico, concretando que "las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron los aires: gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (2004:393).

Cervantes también condena, siempre bajo la máscara de la presunta locura de don Quijote, las tecnologías homicidas y sus instrumentos asesinos: "Bien haya, aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos, endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención" (2004:38).

El humanismo de Cervantes se refleja, además, en su defensa sobre todas las naciones, a sus lenguas y culturas y a todas las naciones políticas:

> Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número vulgo. Y, así, el que con los requisitos que dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo. Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doyme a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego [...] todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun vizcaíno que escribe en la suya (2004:667).

No deja de ser sorprendente que, después de más de cuatro siglos, esta demostración de tolerancia sea perfectamente utilizable en todos los sentidos.

La segunda parte de la novela, publicada en 1615, está centrada más en la visión de los cortesanos y en cuestiones relativas a las diferentes clases sociales. En las primeras páginas del capítulo I vemos cómo el cura y el barbero tratan asuntos relativos a la política: "Y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman 'razón de estado' y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra" (2004:549-550). En realidad, el tema es planteado para que ambos personajes comprueben si la locura de don Quijote, que llevaban un tiempo sin verle, ha sanado.

Cuando don Quijote abandona el tono de simple tertuliano para anunciar su intención de dar consejos al rey, es cuando el cura y el barbero piensan a la vez: "pobre don Quijote, que me parece que te desempeñas de la alta cumbre

de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad" (2004:550). Tras adoptar don Quijote el papel de arbitrista,[9] el barbero (el pueblo) se pronuncia: "Tiene mostrado la experiencia que todos o los más arbitrios que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados o en daño del rey o del reino" (2004:550). El caballero andante responde que el suyo es "el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno" (2004:551). El cura muestra interés en conocer su pensamiento, pero don Quijote no quiere revelarlo, ya que no quiere dejarse robar ni su recompensa ni su gloria: "No quería que le dijese yo aquí agora, y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo" (2004:551). Pero don Quijote ansía revelar su secreto y lo hace. Se trata de proponer un remedio contra la amenaza militar representada por los turcos. El caballero piensa decirle al rey que junte en la Corte a todos los caballeros andantes que vagan por España. Se percibe muy pronto que su arbitrio contiene una crítica velada a los gobernantes y burócratas, y, sobre todo, a la frivolidad y el despilfarro que caracterizaron la corte de Felipe III. Más adelante, don Quijote explica al barbero que "no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos" (2004:556). Y lanza uno de sus ataques más feroces hacia la ociosidad de la nobleza de su tiempo:

> Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman [...] Mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros (2004: 556).

La misma idea de desencanto está en el capítulo II de esta segunda parte, donde don Quijote le advierte a Sancho que "si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada" (2004:563). Al asimilar estas palabras, los lectores coetáneos probablemente pensarían en la nefasta actuación de Felipe III.

Otro de los temas que aparecen en *Don Quijote* es la movilidad social a partir del matrimonio por conveniencia. Un ejemplo muy claro lo encontramos en la discusión entre el matrimonio Panza sobre el casamiento de Mari

9 Después de un período de esplendor y hegemonía mundial, la España de los últimos monarcas austriacos fue una etapa de decadencia, de crisis económica, de pérdida de influencia política en el concierto internacional, de fracasos, de peste. Tras la muerte de Felipe II, aparecen los arbitristas, estos eran diagnosticadores de la crisis que buscaron ansiosamente la pócima mágica que pudiera solucionarla. El papel del arbitrista en *Don Quijote* ha sido muy bien analizado por Vilar Bergain (1973:68-71).

Sancha (Segunda parte, capítulo IV). Para Sancho, llegar a ser gobernador representa enriquecerse y medrar. Esto se aprecia cuando le pregunta a su mujer: "¿No te parece animalia que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo?" (2004:584). Por eso piensa casar a su hija: "con quien yo quisiese, y verás cómo te llaman a ti doña Teresa Panza y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles" (2004:584). Pero su mujer no está de acuerdo con estas ideas y acaba diciéndole a su marido: "Traed vos el dinero, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo" (2004:583-584). Para Teresa Cascajo no se pueden superar las barreras sociales entre villanos y caballeros.

Por otro lado, también podemos suponer que cuando Sancho le dice a su mujer: "En teniendo gobierno [...] te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se lo preste a los gobernadores cuando no los tienen" (2004: 587), encubre una sátira de la escandalosa vanidad del gobierno de Lerma.[10]

Los temas socio-políticos como el papel de los cortesanos y gobernadores frente al del soldado, al que don Quijote asimila su ideal de caballero andante, también tienen cabida en la famosa novela:

> Aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo (2004: 589).

Es evidente que esta cita representa para don Quijote la corrupción de la verdadera caballería.[11] Los torneos no pasaban ya de ser un juego ceremonioso y brillante, cuando en su origen fueron un duro entrenamiento para la guerra. El caballero cortesano no representaba tan solo una degeneración del guerrero feudal. Por su alta subordinación frente al rey llegó a personificar lo más opuesto al espíritu de la caballería. La corte había dejado de ser el lugar perfecto para recibir lecciones de caballerías, no sólo por la presencia del cortesano, sino a causa del mismo príncipe. En un tiempo fue un combatiente que luchaba acompañado de sus caballeros. Ahora, el rey, en vez de representante supremo de la caballería, personificaba la Razón de Estado.

Con respecto al hidalgo, mientras la guerra fue señorial el escudero más modesto pudo mejorar su suerte con la profesión de las armas. Pero desde el Ordenamiento de Alcalá, a mediados del siglo XIV, el servicio militar, funda-

10 Véase nota 4.

11 Para un conocimiento más profundo de la diferencia entre el caballero cortesano y el hidalgo, véase Llorens (1974:47-67).

do en la caballería y la concesión de tierras, entra en Castilla en una de sus últimas fases. Desde entonces los ejércitos de los reyes se formaron cada vez más con una infantería y hasta con una caballería a sueldo. Con las Guardias Viejas (1493) aparecen en Castilla las primeras tropas regulares y permanentes.

El tema del contraste entre la vida cortesana y la militar vuelve a surgir cuando en el capítulo XXIV de la segunda parte, don Quijote encuentra a un joven paje, con "zapatos cuadrados, a uso de corte", que quiere alistarse como soldado y va cantando: "A la guerra me lleva/mi necesidad;/si tuviera dineros,/no fuera, en verdad" (2004:738). Tras entablar una conversación con don Quijote, le explica: "más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón de la corte [...] gente advenediza de ración y quitación [...] mísera y atenuada". Al caballero interesado en si sus amos le habían dado alguna librea, el paje explica que le habían prestado libreas únicamente para acompañarles a la corte, es decir, "por sola ostentación" (2004:734-740).

En tal situación mal podía sobrevivir el hidalgo, que consumiría su tiempo llamando sin gran resultado a las puertas de los nobles, o arrastrando vida vegetativa en pequeños lugares donde al menos poseía una casa y algunas tierras (Llorens, 1974:10). Para matar el tiempo, al ilustre caballero apenas le quedaba la caza, la conversación con amigos y vecinos, y la lectura. Cervantes nos dice, refiriéndose a don Quijote, que

> este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año–, se daba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda, y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer (2004:28).

En el siglo XVI la lectura se convirtió, por primera vez en la historia, en entretenimiento general de ociosos y curiosos, gracias a la aparición de la imprenta. Pensemos en el famoso escrutinio del capítulo IV de la primera parte, sátira indudable de los procedimientos inquisitoriales, donde los libros fueron uno de los elementos más perseguidos y revisados por el Santo Oficio. Es de suponer que muchos hidalgos sintieran la nostalgia del pasado. En dichos libros se representaba el mundo caballeresco dando a sus lectores la imagen de una sociedad gobernada únicamente por las leyes del amor y del honor, de la lealtad y de la justicia.

En el discurso que hace a don Diego Miranda, don Quijote contrasta una vez más las profesiones de cortesano y de caballero andante, pero esta vez poniendo de relieve el vacío de sus pasatiempos, que no hacen sino parodiar la vida militar:

> Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con félice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares o que lo parezcan entretienen y alegran y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes; pero sobre todo éstos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas [...] anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades (2004:677-678).

Muchas veces cita don Quijote los entretenimientos del cortesano, por ejemplo: "Más agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía" (2004:556), y estos pueden ser los típicos que promocionó la corte de Felipe III (juegos de cañas, corridas de toros, la caza) y que tanto contrastó con la sobriedad de la corte de Felipe II (Feros, 2002:139-243). Al despedirse de don Diego después de haber pasado cuatro días "regaladísimo" en su casa, don Quijote alega como motivo de su marcha "no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ocio y al regalo" (2004:687). Para don Quijote la corte es menospreciable, y no cabe duda de que constituya algo más que un tópico literario.

Con anterioridad, Fray Luis de León ya había descrito tres maneras de vivir la vida: la *vida de labranza*, la *vida de contratación* y la *vida descansada*. La primera hacía referencia al espacio rural; la segunda, al urbano; la tercera, al aristocrático. Para el religioso agustino, la perfección residía en el primer estado y lo contrario en el último, en consonancia con lo transmitido por don Quijote.

Es necesario comentar que es posible localizar en *Don Quijote* el retrato de todas las clases sociales del momento y de forma muy jerarquizada. Los órdenes superiores eran la nobleza y el clero, y aparecen aquí en un lugar destacado: el propio don Quijote (aunque de forma ridícula); el duque y la duquesa protectores de Sancho; Don Diego de Llana, "hidalgo principal y rico", o Don Juan y Don Jerónimo (a quienes encuentran en la venta del camino de Zaragoza). Y también los dos benedictinos con los que don Quijote y Sancho se enfadan; los doce encamisados, sacerdotes que se desplazan de Baeza a Segovia dando escolta a los restos mortales de un caballero; el canónigo de la catedral de Toledo, o el capellán del duque y la duquesa. La nobleza aparece retratada con cierta crítica a sus privilegios, por ejemplo, doña Rodríguez, o el conde de Osuna que aparte de pertenecer ambos a distinguidos linajes, poseían una fortuna importante, una media de unos 20.000 ducados de renta anual, mientras que un jornalero agrícola tenía que trabajar cinco días para conseguir uno solo de esos ducados (Feros y Gelabert, 2004).

La nobleza gozaba de muchos privilegios. El caballero del Verde Gabán, que tanto se parece a don Quijote, define perfectamente este modo de vida:

> Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuera servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales en latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas [...]. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados [...] procuro poner en paz los que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia de Dios Nuestro Señor (2004:664).

En el encuentro de don Quijote y Sancho con los duques (Segunda parte, capítulos XXX-XXXIII), de igual forma se aprecia la gran vida de este estamento social. Podemos decir que la duquesa es la verdadera protagonista de esta aventura cortesana. Quien la distingue es don Quijote y así nos relata cómo la conoció:

> Vio una gallarda señora sobre un palefrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dio a entender a don Quijote ser aquélla alguna gran señora, que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad (2004:779).

El lujo de los elementos descritos por el autor remite a la gran riqueza y poder que gozaba la nobleza. Estos capítulos son una burla de los duques hacia don Quijote, más que hacia Sancho, y es que los duques ya conocen las aventuras del famoso hidalgo (descritos en la primera parte), y los hacen recibir en su casa para su entretenimiento, en una clara muestra de superioridad sobre los demás. Nada de esto se percata don Quijote, quien nos dice que es la primera vez que se sintió verdaderamente un caballero andante, siendo precisamente cuando más le escarnecieron:

> Cuenta, pues, la historia que, antes que a la casa de placer o castillo llegasen, se adelantó el duque y dio orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a don Quijote; el cual cuando llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron de él dos lacayos o palafreneros vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo a don Quijote en brazos [...] y todos o los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques [...] y aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante (2004:784).

Los duques, y más la duquesa, ridiculizan continuamente a la pareja visitante, especialmente a don Quijote, en otra parodia que acontece en el momento de acabar la cena:

> Llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos –que sin duda eran blancas– una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote; el cual, sin decir palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar las barbas (2004: 796).

Esta acción, que para don Quijote es digna de una importante ceremonia caballeresca, no era sino una mofa más, pues las barbas en los caballeros simbolizaban el honor —recuérdese, por ejemplo, el Cid— y manosearlas era una deshonra, mucho más dejárselas lavar en medio de una burla pública.

La misma intención de ridiculizar a don Quijote sucede cuando éste se marcha a dormir la siesta y la duquesa le pide a Sancho que le acompañe junto a sus doncellas para que narre más hazañas de su compañero, y así continuar con la mofa (2004:806). No cabe duda de que Cervantes intentó reflejar cuáles eran los modos y la soberbia de la nobleza con los más desfavorecidos (no hay que olvidar que para ellos don Quijote estaba loco).

Todo lo destacado nos lleva a pensar que Cervantes utilizó su novela *Don Quijote de la Mancha* para realizar una fuerte sátira hacia su propia sociedad. Algunos historiadores han visto una especie de alegoría histórica en la figura del anacrónico personaje de don Quijote, símbolo de una España incapaz de ajustarse a la nueva sociedad (Maravall, 1976:70).

Don Quijote, con todo, reafirma también el propio papel del individuo, de ahí su respuesta categórica a los mediocres que lo interrogaban sobre su condición de caballero: "Yo sé quién soy". Su seguridad se contagia a Sancho, quien jamás duda de su identidad: "Sancho nací y Sancho he de morir". Son estas manifestaciones de innegable valía en la España de las apariencias, de la manifestaciones de la honra, que siempre radicaba en los demás, y de la falta de compromiso humano de aquellos fluctuantes habitantes que, como el cura o el bachiller, alimentaban hogueras con libros o se disfrazaban de forma grotesca, como una manera deshonesta de querer restablecer la locura de uno de los pocos espíritus válidos del siglo.

Bibliografía

CASTRO, Adolfo de
1980 *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer.

CERVANTES, Miguel de
2004 *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Francisco Rico, RAE, Alfaguara.

DÍAZ DE BENJUMEA, Nicolás
2002 *La verdad sobre el Quijote. Novísima historia crítica de la vida de Cervantes*, Valencia, Librerías París-Valencia.

ETTINGHAUSEN, Henry y BORREGO, Manuel (eds.)
2001 *Andrés de Almansa y Mendoza, Obra periodística*, Madrid, Castalia.

FEROS, Antonio y GELABERT, Juan
2004 *España en tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus.

2002 *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons Historia.

JONES ROYSTON, Oscar
1974 *Siglo de Oro: prosa y poesía (siglos XVI y XVII), Historia de la literatura española*, tomo 2, Barcelona, Ariel.

LARROQUE ALLENDE, Luis
2001 *La ideología y el humanismo de Cervantes*, Madrid, Biblioteca Nueva.

LLORENS, Vicente
1974 *Aspectos sociales de la literatura española*, Madrid, Castalia.

LYNCH, John
1991 *Los Austrias* (1598-1700), *Historia de España*, XI. Barcelona, Crítica.

MARAVALL, José Antonio
1976 *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, Pico Sacro.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco
1984 "Erasmo y Cervantes, una vez más", en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, vol. 4, nº. 2, pp. 123-137.

REDONDO, Ángel
2007 "Los amores burlescos en el *Quijote*. Una cala en la parodia cervantina", en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, vol. 27, nº 1, pp. 227-248.

VILANOVA, Antonio
1989 *Erasmo y Cervantes,* Barcelona, Lumen.

VILAR BERGAIN, Jean
1973 *Literatura y economía. La figura satírica del arbitrista*, Madrid, Castalia.